

## 1. POR SIEMPRE

---

Existe una leyenda china que explica de una manera muy bonita —y sobre todo convincente— por qué el anillo de compromiso se lleva en el dedo anular.

Antes de comenzar hemos de colocar nuestras manos en una posición bastante peculiar. Primero, tenemos que juntar las palmas de nuestras manos como si fuéramos a rezar y abrir nuestros dedos sin separarlos. Por último, sin separar el resto de los dedos, hemos de introducir nuestros dedos corazones entre las dos palmas, de tal manera que se mantengan unidas las dos primeras falanges de estos dedos.

De este modo tenemos a cada dedo de la mano derecha emparejado con su compañero de la mano izquierda —manteniendo, por lo menos, las yemas juntas— y los dedos corazones orientados hacia abajo, pegando falange contra falange.

Según la leyenda, cada pareja de dedos simboliza a personas diferentes. Los pulgares representan a los padres. Los índices, los amigos y hermanos. El dedo corazón te representa a ti mismo. El dedo anular simboliza la unión con tu pareja. Y los dedos meñiques representan a los hijos.

Si intentamos separar los pulgares —manteniendo juntos el resto de los dedos—, podremos comprobar que se separan sin ningún problema. Esto significa que los padres no están destinados a vivir con nosotros hasta el día de tu muerte. Algún día nuestros caminos se separarán.

Al tratar de separar igual los dedos índices —que representan a los hermanos y amigos—, se verá que también se

separan. Esto es porque ellos tienen destinos diferentes al nuestro, como casarse y fundar su propia familia.

El dedo corazón no hace falta tratar de separarlo, pues éste te representa a ti y, desde luego, tú vivirás para siempre contigo mismo. Desde el principio hasta el fin de tus días.

Si intentamos ahora separar de la misma forma los dedos meñiques —que representan a los hijos—, éstos también se distanciarán sin problemas. Los hijos crecerán; pero cuando ya no necesiten a sus padres volarán solos por su propio cielo.

Finalmente, si tratas de separar tus dedos anulares —el que representa a tu pareja—, será sorprendente comprobar que se trata de una tarea imposible. Eso se debe a que una pareja está destinada a estar unida hasta el último día de su vida. Por eso el anillo de compromiso se usa en este dedo, para representar una unión. Una unión eterna.

Esta leyenda la conocí gracias a ella. Aún recuerdo el día en que me la contó; precisamente, fue el mismo día en que la conocí. Curiosamente, aquel veintiuno de septiembre ni siquiera pude ver su rostro. Desde luego, nuestra historia comenzó siendo ya «curiosa» desde el primer instante.

## 2. ADICTO

---

—Eh, Pepe, llevas la bragueta abierta. Ciérratela o se te escapará el pajarito.

—Descuida, seguro que volverá. Tiene aquí los huevos.

Me subí vagamente la bragueta mientras Arturo me sonreía, socarrón. Tomé los apuntes de Matemáticas III y Química Orgánica y me aseguré de no dejarme la cazadora en la silla antes de marcharme.

—Espera, genio —me llamó Arturo desde detrás—. Te olvidas del fabuloso «Termodinámica Química». ¿Acaso piensas tirar quince pavos a la basura?

—Gracias —dije mientras alargaba la mano para recuperar mi libro.

—Mira, tío, el fulano que lo ha escrito se llama José Luis, como tú.

—Claro, es que soy yo —bromeé.

—Claro. El ingeniero que me ha dicho por *WhatsApp* que vaya a la «vivlio» ahora se dedica a escribir.

—Anda, dame ese libro y vámonos de aquí. No puedo charpar más por hoy.

Eché a andar y Arturo se puso a mi vera.

—Parece mentira. Tienes treinta y dos tacos y sigues diciendo «charpar».

—¿Me lo dice el que tiene veinte y aún lleva camisetas de *Pokémon*?

—Oye, *Pokémon* mola. Además, esta camiseta es graciosa. «*Poké-Montgomery Burns*».

—Sí —respondí sin ganas mientras salíamos de la biblioteca a la calle—. El *Picachu* calvo diciendo «excelente» es todo un puntazo...

Arturo me acompañó hasta la parada del autobús. Mientras esperábamos se dedicó a hacer un fastuoso soliloquio acerca de si los tomates eran frutas o verduras que, por supuesto, yo no escuché. Dejamos pasar a dos autobuses mientras seguíamos esperando nuestra línea cuando Arturo —que no había cerrado el pico, seguramente sin darse cuenta de que no le prestaba atención— logró sacarme de mis pensamientos.

—¿A ti cuánto te mide?

—¿Qué? —dejé de contemplar los minutos que le faltaban al autobús para mirarle a los ojos.

—Que cuánto te mide —repitió—. La polla, me refiero.

—Sí, sí. Ya sé a qué te refieres —arrugué la nariz con asco—. No te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque paso de hablar de esas guarradas contigo.

—Eso es porque la tienes pequeña.

—¿Perdona?

—Sí. Que te da vergüenza.

—No. No me da vergüenza. Simplemente es que me niego a hablar contigo de esas cosas. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Pues en tías. ¿No me estabas escuchando?

Negué con la cabeza sin responderle, y volví a mirar los minutos que le faltaban al autobús, esta vez con intención de que Arturo se percatara de que el tema no me merecía ningún interés. Sin embargo, lejos de mis anhelos, el chico continuó insistiendo.

—Pues yo la tengo bastante grande.

—Cómo me alegro, Arturo.

—Además —sonrió con picardía—, no lo digo solo yo.

—Ya. A todas las madres les gusta presumir de sus hijos.

—No me refería a eso, imbécil. Hablo de otras tías.

—¿Tú sales con chicas?

—Pues claro. Vaya pregunta.

—No lo sabía. La verdad es que no tenías mucha pinta de hacer esas cosas.

—Por favor, *Jose*. Eso es que no me conoces —alzó las palmas de las manos—. No te imaginas los orgasmos que pueden llegar a provocar estas manos.

—Sí me lo imaginaba. Lo que no sabía es que también se los podían provocar a otras personas.

—Eres muy gracioso —rio—. Te sorprendería saber que este *finde* me tiré a Marta Juárez.

—¿Ésa es la de clase?

—Exacto. En su casa. Cuando sus padres no estaban.

—Qué alegría, Arturo —respondí desgarbado—. Cuando me arrimé a ti este curso para hacer trabajos no imaginaba que me estaba juntando a un *friki* adicto al sexo. Pero no te preocupes. Con que trabajes bien, a mí me da igual a qué te dediques por las noches. O, bueno, cuando quiera que sea que hagas esas cosas.

—Muy a menudo —sonrió, orgulloso—. En cualquier lugar. A cualquier hora...

—Y con cualquiera —completé sin mucho entusiasmo mientras me asomaba a la carretera—. Mira, ahí viene el bus. Vete pensando en algún tema de conversación más normalito para cuando entremos, porque si no me bajo en la siguiente parada.

—Como quieras... —rio escandalosamente—. Lo que sea para que no te sientas intimidado.

—Eres un crío.

Subimos al autobús y avanzamos hasta el final del vehículo. Por fortuna —o por desgracia— encontramos dos sitios juntos y tomamos asiento con ganas.

—Parece mentira —comenté rápidamente, sin dar pie a Arturo a elegir tema de conversación—, llevamos casi toda la tarde con el culo pegado a la silla y aun así da gusto sentarse de nuevo. Y esta noche va a dar una pereza que ni te imaginas.